

magnitud, el libro ofrece valiosas contribuciones a los estudios de Tirso, para cuyos especialistas es indispensable.

COURTNEY BRUERTON

Cambridge, Mass.

MARGHERITA MORREALE DE CASTRO, *Pedro Simón Abril*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto "Miguel de Cervantes", Madrid, 1949. (*RFE*, anejo LI.) 329 págs., de las cuales 100 de apéndices, documentos y bibliografía.

He aquí todo un libro —escrito después de las más laboriosas y concienzudas investigaciones, y basado en un sólido conocimiento y comprensión tanto de la vida y literatura antiguas como de las del Renacimiento español— dedicado a un mediocre; un pedagogo andante que enseñó principalmente las lenguas clásicas, usando gramáticas elementales de su propia invención, escritas en castellano; un presunto reformador de los métodos de enseñanza; un vulgarizador, traductor y pensador mediano cuya fama sobrepasó a sus méritos. Es que, aunque mediocre en muchos aspectos, Pedro Simón Abril fué también en alto grado representante de la cultura de su época; a través de él, la autora quisiera estudiar no sólo lo que son sus ideas —los lugares comunes que compartió con tantos otros de su tiempo, así como sus opiniones más o menos originales— sino también la influencia de esas ideas sobre su "modo de pensar, su *Weltanschauung*, su concepto de la cultura y hasta sobre su estilo" y, finalmente, ver en pequeña escala "hasta qué punto la cultura española del siglo de oro se abrió al humanismo" (pág. 18). Para realizar esta amplia tarea, la autora se apoya en la convicción de que las características de una época provienen tanto de la multitud de sus figuras medianas como de los hombres de verdadero genio; y de que a veces estos últimos no representan tan exactamente su tiempo como sus contemporáneos menores.

La autora empieza, al modo tradicional, con una biografía de Abril cuyo único defecto es ser, por desgracia, incompleta. Las investigaciones han sido interrumpidas bruscamente por razones que la autora no especifica; por desgracia, digo, a pesar de sus protestas de que las lagunas no afectan a la comprensión de Abril: como el presente libro va tan a fondo del asunto, parece improbable que se le dedique otro. De ahí que los datos que se descubran en el futuro, concernientes a las peregrinaciones y tribulaciones de Abril, parecen destinados a permanecer para siempre esparcidos en las revistas eruditas. Lo mismo cabe decir de la omisión que en esta obra se advierte de todo estudio de las traducciones de Abril como tales. El cuerpo del libro, dedicado a analizar las gramáticas de Abril y sus textos sobre lógica y filosofía natural, revela, como era de esperarse, que no había mucho de nuevo en sus ideas ni en sus métodos. Lo que más nos interesa de sus gramáticas es el que las haya escrito en castellano y el que insistiera en que las lenguas clásicas se enseñasen en castellano, a fin de que no se corrompieran en el proceso

mismo de enseñanza; en efecto, Abril compuso la que probablemente sea la primera gramática griega escrita en castellano. El mismo espíritu vulgarizador originó sus traducciones y, por último, sus tratados en lengua vulgar sobre lógica y filosofía natural. El detallado análisis que la autora hace de esos tratados, que trae consigo la repetición de tantos lugares comunes, pone a prueba en ocasiones la paciencia del lector; pero el que persevera emerge con una imagen notablemente clara de hasta dónde llegaban los conocimientos del término medio de los "humanistas" en el siglo XVI y de su esfuerzo por reconciliar su fe en la autoridad con su fe optimista en un inevitable progreso humano. Y se ve uno obligado a confesar que Abril era realmente un hombre ilustrado que se esforzaba cuanto podía en comprender a los clásicos, cuya lección, tal como él la entendía, quiso transmitir a sus discípulos; "no le podemos negar el título de hombre sabio, que . . . Luis Vives atribuía al que con miras universales y cierto amor y comprensión abarcase con su mirada todas las cosas, considerándolas como reflejo de Dios. En efecto, si bien no tiene ni el espíritu de observación, ni la originalidad, ni la elevación de [Vives], su estilo revela a veces cierta unción y amor hacia las cosas naturales y un deseo, más espontáneo del que surgiría de un puro tradicionalismo, de descubrir su finalidad dentro del plan de la Providencia" (pág. 169). En efecto, es en el estilo donde está, a los ojos del crítico moderno, el mérito principal de Abril, y donde se puede ver más claramente la profunda influencia que ejercieron sobre él los autores que estudió, a medida que iba haciendo suya esa clásica *concinnitas* que se esforzó en inculcar a sus discípulos.

Conforme a las definiciones de su propio tiempo, Abril cumple con los requisitos del humanista, pues era versado en gramática, era traductor, editor y comentador, y era erudito en historia, mitología, filosofía natural, etc.; pretendía, en suma, llegar a tener un conocimiento enciclopédico. Sin embargo, si lo medimos de acuerdo con las definiciones de hoy, "esto es, si consideramos el humanismo como un movimiento cultural y espiritual que aspira a formar el individuo poniéndolo en contacto con los clásicos, y sobre todo con los escritos del exponente máximo de los valores formales, Cicerón, y provocando en él reacciones retórico-subjetivas, en las que el hombre entero halla la expresión y desahogo de su ser interior" (pág. 220), Pedro Simón Abril resulta algo deficiente. Es verdad que tiene muchas cosas en común con el humanismo internacional: su apego ferviente a la lectura de los clásicos y a su imitación en la composición latina, y su persistente atención al estilo, por ejemplo; pero, en general, tenemos muy pocas pruebas de que Abril haya visto en esos escritos antiguos mucho más que su contenido. La misma conclusión puede sacarse de sus trabajos posteriores de vulgarización, en que el antiguo profesor de latín mira esta lengua como un *obstáculo* para la adquisición de conocimiento, es decir de información, por lo que cae dentro de ese gran grupo de sus contemporáneos que buscaron siempre o principalmente lo útil. En la medida en que no penetró "en su finalidad respecto a la formación espiritual del individuo", permaneció fuera del movimiento humanístico, y sus tendencias puramente prácticas propendían a situarlo en el campo opuesto. Por lo menos, esta

es la verdad en cuanto a lo que el maestro dijo y trató de hacer; "el resultado de sus lecturas y de sus estudios teóricos hay que buscarlo en el estilo de sus obras castellanas; es allí donde el sentido humanístico de la forma ha fructificado" (pág. 227).

PHILIP A. TURNER

Harvard University.

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *El imperio hispánico y los cinco reinos*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1950.

A través de las obras de Menéndez Pidal dedicadas a historiar la edad media española se reitera la idea de que la Reconquista, contrariamente a lo que afirman tantos autores, estaba inspirada por el ideal de la unidad hispánica. Los reconquistadores conservaban el sentido de la tradición nacional y aspiraban a restaurar las fronteras naturales del estado visigodo. En *El imperio hispánico y los cinco reinos* el venerable maestro expone de nuevo su interpretación de la Reconquista, aportando nuevos datos esenciales que son documentaciones decisivas.

Tres épocas distingue Menéndez Pidal en cuanto a la estructura política de la España reconquistadora: la época del reino asturiano único, continuado en el de León, la época del reino imperial y la época de los cinco reinos. La primera época se caracteriza por la intensa fe reconquistadora y un firme concepto de la unidad de España. Alfonso III, ensalzador de Santiago, es el primer definidor de la nación en la Edad Media. Menéndez Pidal ve en el uso del título *imperator* por los reyes asturianos la expresión del ideal restaurador y unitario. El "imperio" nace en apoyo al visigotismo asturiano, sin pretensiones universalistas, y con un exclusivo propósito intra-peninsular. Ningún paralelo con Carlomagno. El estudio de documentos diversos y de escritos historiográficos de esa época le hace concluir a Menéndez Pidal que para la monarquía asturiana su misión final consistía en la restauración neo-gótica de España, y su deber inmediato en la guerra antiislámica.

Sancho el Mayor es el rey que impone por primera vez en la política general cristiano-española una ideología contraria a la idea imperial leonesa en cuanto al ideal unitario. Los monarcas leoneses a mediados del siglo x habían abandonado la electividad y hecho del reino-imperio un patrimonio del rey, pero conservaban el ideal unitario. Sancho el Mayor crea el concepto del reino patrimonial divisible, dando entrada así en España a las corrientes innovadoras del feudalismo germánico. En la pugna entre romanismo y germanismo, tan importante en toda la Edad Media, el rey navarro representa las nuevas corrientes feudales mientras que León mantiene la ideología visigótico-romana. La repartición de 1035, tan análoga a las hechas en el resto de la Europa cristiana, "abre para la historia de España las puertas hacia lo que se llama la baja Edad Media". El cambio radical que se produce en la estructura política española se manifiesta también en la actitud respecto al Islam. Sancho el Mayor no considera que el deber primordial de la mo-